

## MIRMIDONES

*¿Qué hace único al ser humano?: Homo es el primer género que se ha abstraído de la Ley de la Selección Natural biológica, al superar la velocidad evolutiva del código cultural a la del código genético. Tomando como referencia la perspectiva sociobiológica, en la que la Selección Natural se da entre las unidades geobotánicas, los hormigueros, o los bancos de krill, más allá de la selección entre individuos, podemos describir la Selección Natural de los códigos meméticos para sobrevivir: comparar, competir, y colaborar. Son las culturas las que metabolizan, se devoran, se alían, se someten, luchan, adaptan, se reproducen, desaparecen, aletargan, o mueren. La cultura no es consecuencia de la inteligencia, sino el cerebro del código memético. La cultura creó el cerebro humano.*

*What makes human being unique? Homo is the first gender which outcomes from the biological sense of Natural Selection, improving the speed of changes in a cultural way of the Natural Law. Referencing the sociobiological perspective, in which selection occurs through geobotanical units, mounds, or krill banks, beyond the individuals, we can describe the Natural Selection of memetic codes for survival: compare, compete, and collaborate. The cultures metabolize, devour, ally, submit, fight, adapt, reproduce, disappear, get lost, or die. Culture is not a consequence of intelligence, but the brain development is result of the memetic code. Cultures created the human brain.*

Palabras clave: mirmetología, memética, dialecto, normalización, cooperación, dryware.

Para que la hormiga roja le enseñara el secreto del maíz, y así el hombre tuviera algo que comer fuera del Paraíso, Quetzalcóatl se convirtió en hormiga negra. Como mirmes nos creó. Nos quedamos sin selva, y tuvimos que erguirnos para pulular por la sabana. Los entornos variados generaron adaptaciones biológicas y culturales variadas a pantanos, costas, estepas,... Primero más biológicas que culturales, y les ha trascendido una sola especie, con innumerable diversidad de culturas.

Desde que Darwin se obligara por fin a publicar su teoría, han habido importantes incorporaciones y confluencias (los mecanismos de herencia de Mendel, los de colaboración de Koprotkin, la doble hélice Watson-Crick, la secuenciación del genoma, los transgénicos, la neotenia de Gould, o la memética de Dawkins), que admitiéndolas científicamente, obsesionados en mantener al ser humano en el centro de referencia, nos negamos a interiorizarlas socialmente.

La hipótesis es antigua: Dios creó al hombre a su imagen y semejanza; a lo que Zaratustra respondió que el hombre creó a Dios a su imagen y semejanza, y al ser de ello consciente, anuló la necesidad de Dios. Pero los dioses no han muerto, pues su creación es nuestra, y la nuestra suya. Si mueren, morimos, y si morimos, mueren. Somos porque son, y son porque somos: nos hemos creado mutuamente. Nuestro cerebro es el que es para creer en la realidad virtual que le interesa a su grupo, representada por una abstracción, y adorar a sus dioses, a sus causas, a sus patrias, a sus códigos morales, a sus valores. Dios –como la Patria, o la Causa-, para existir, necesita que nosotros creamos en Él. El patriota necesita una patria, y la patria de patriotas.

Sólo hay una especie homo, pero hay muchos tipos de monos, hay muchos tipos de antílopes, hay muchos tipos de fieras, y son las sutilezas las diferencias de la coepetencia que los selecciona. Un bicho corre un poco más que otro, o tiene unos colores algo más relucientes, y eso les basta; y sin embargo la capacidad cerebral de los potenciales competidores del hombre, no es ni similar. No nos seleccionamos respecto a otros por el intelecto. Algo más de cerebro no es una ventaja, un cerebro distinto, sí. ¿Por qué?

Los neandertales tenían más volumen craneal, pero sus grupos eran más pequeños, su territorio menor, y su limitación les venía por los lazos de cohesión familiares y étnicos. Enterraban a sus muertos y pintaban, por lo que les suponemos abstractos. Sus adornos y herramientas son de su territorio, los de los sapiens de mucho más lejos, lo que necesariamente implica comercio y/o guerra entre clanes. Está en discusión si tenían menor capacidad de abstracción por menor desarrollo de la quinta capa de neuronas del neocórtex (cuanto más exteriores, más ajenas a la realidad de los sentidos y las emociones). El sapiens trascendió la familia por un tótem, que cementaba por alianzas a grupos mayores con derecho a los recursos de un territorio. Eso y el aprender a cocinar, secar el pescado y almacenar carne, especializó a los componentes femeninos y masculinos, jóvenes y viejos, fuertes y listos. Los clanes pasaban juntos y en alianza comercial los crudos inviernos o sequías. Ya no se fabricaban puntas de lanza con las piedras de la cueva, sino que se vivía a muchos kilómetros de donde se extraían los mejores sílex, de donde estaban los barrancos y desfiladeros,... El éxito de cada tribu significaba la mejor reproducción de sus componentes, y no tanto a la inversa.

Cada cultura se construyó un mundo a su medida, según sus patrones, sus prejuicios, sus análisis, sus teorías causa-efecto, sus experiencias colectivas. Una tribu que sacrificara a los niños igual tenía más éxito que otra que sacrificaba a las niñas, o una tribu que definiera como tabú comer carne de cerdo, tenía más enfermedades que otros que consideraran tabú comer fruta. Los minimundos así creados se compararon, colaboraron y compitieron, y los que con mejor rendimiento aprovechaban los recursos y se reproducían, dejaban con mayor probabilidad los genes de sus partícipes, aunque fueran más lentos o feos que otros. Nos separamos de los animales por no competir con ellos, sino entre nosotros. Aún así, las deidades politeístas eran a menudo quiméricas. Los monoteísmos al uso, se originaron en el Oriente Próximo, donde no había animales parecidos al hombre, lo más próximo era la cabra o el perro, decidieron que el hombre era una cosa, y los animales otra, sin alma.

Hay más especies inteligentes, empáticas, que conceptualizan el yo, que usan herramientas, que crean, que creen, que ríen, que sienten, que sufren, que se apenan por el sufrimiento de los demás, que planifican, que tienen culturas diferenciadas, cierto simbolismo, que aprenden del grupo, que tienen lenguaje rudimentario, que recuerdan el pasado, que teorizan sobre el futuro, que asesinan aparentemente sin causa, que hacen guerras, teatro, que mienten, que inventan,... pero el homo introdujo un nuevo modo de selección natural: categorizar la diferencia, o sea, juzgar entre mejor y peor por criterios culturales características diversas, que serán más o menos oportunas, pero ni mejores ni peores. El hombre es distinto al resto de los animales desde que especializó biológicamente su cerebro para ser portador de códigos culturales competidores, y la Selección Memética adelantó a la Selección Genética. Un humano nacido en un clan, simbólicamente representado por su dios, con buena caza y pesca, buena cueva, y buen manantial, tenía más probabilidades

reproductoras que un humano genéticamente mejor, nacido en un clan con peor acceso a recursos. La identidad superó a la velocidad, o la fuerza, o las garras, o los dientes, o la coraza.

Identidad implica estructura. Humanos y chimpancés juegan, pero solo nosotros lo hacemos con reglas. Somos animales sujetos a normas, y por tanto tramposos. Los primeros temieron su desprotección, e inventaron las normas para estar más cohesionados a partir de una composición de lugar, por absurda que fuera, tal como el manantial se seca porque el gran árbol llora. Teorías de causa-efecto que resultaron mejores agregadores para los que las creían, pudiendo constituirse en grupos mayores y más maleables, pues independientemente de su línea genética, quien demostrara públicamente creer en lo que para el grupo era identitario, era admitido, y si había dificultades, con exigir más adhesión, se extraditaban fácilmente a los machos críticos. Los grupos se pudieron hacer mayores, más compactos, más dúctiles y adaptables, pero más herméticos cuando convenía, y por tanto con más “razones” (justificaciones de las teorías causales), para defender los derechos identitarios sobre los recursos del territorio, o contemporizar el robo a los demás. Las manadas de homínidos se adaptaban a la disponibilidad de recursos con ostracismo y secuestro de machos y hembras. Sustituyeron la cooperación por interés de su línea genética, por cooperación por una idea que justificaba un interés de la línea memética.

La tribu se configuraba por compartir una escala de valores, representada por su fetiche, su árbol, su fuente, o su piedra. Quien quisiera incluirse debía creer en la interpretación causal colectiva de las relaciones casuales con la realidad (que si había sequía era porqué alguien había sido adúltero, o por haber comido un determinado tubérculo, o por haber dormido en una cueva distinta, o lo que fuera), y debía publicarlo al grupo. Para compartir esa abstracción, fue necesaria la educación homologadora por el grupo, y un cerebro mayor cuanto más compleja era la justificación de los derechos sobre los recursos. ¿Era el cerebro mayor por necesitar aprender del grupo, o aprender del grupo necesitaba más inteligencia?

Suponer que la necesidad creó el órgano, como que la cultura apareció en un mono poseedor de un órgano que consume una cuarta parte de su metabolismo *causa sui*, no es hipótesis sin describir cómo. La tesis habitual que se representa en 2001, es que por haber desarrollado un cerebro, un día a alguien se le ocurrió enterrar a un muerto, o sacrificar a un pollo, o cambiar el modo de fabricar una lasca, es tan lamarkiano como suponer que el intelecto se desarrollo para hacerse identitario. Debe de haber un motivo.

Una tribu que creyera en una realidad propia que le justificara sus valores categorizados entre el bien y el mal, se configuraba y dimensionaba de acuerdo con los recursos del territorio sobre el que tenía derechos. Para adaptarse a la disponibilidad de recursos, los machos eran prescindibles, y se les podía exigir rituales de acatamiento al tótem hasta adecuar la población a la temporada, extraditando a los menos normalizados. Sin embargo si la competencia por los recursos, era por la presencia de otro grupo, representado por otro tótem, que también “meaba” amor a su dios en los troncos de su frontera, otra opción era la guerra. Ambas estrategias podían sucederse y combinarse, y los machos más fervorosos y más crueles, tuvieron más éxito reproductivo (esto está bien documentado en varias tribus del Amazonas, correlacionando número de trofeos e hijos). Chamanes y guerreros condujeron la evolución del sapiens para que creyera en lo abstracto, y fuera así,

justificadamente –razonadamente–, asesino. El hombre no es un animal que mata por placer: asesinar, el comercio, el engaño, la trampa, y la guerra, son esenciales en su éxito como especie.

Los cerebros más abstractos, que con más convicción creían en la categorización de la realidad que agregaba a la tribu, que justificaban mejor la crueldad de su comportamiento – la razón como justificación de lo injusto–, capaces de concebir tratos comerciales más ventajosos, tenían mejores opciones de permanecer en la tribu en caso de escasez, fueron más sexys, pudieron ofrecer mejores regalos, o trozos de carne a las mujeres, y los grupos culturales mejor cohesionados, por estar compuestos por cerebros más creyentes, más elaborados en su justificación transmitida entre generaciones, mejores comerciales, y más asesinos, fueron más poderosos que otras tribus con cerebros menos capaces de creer, menos cohesionadas y organizadas, por ser menos capaces de simbolizar sus valores, engañar a sus aliados, reivindicar sus derechos, y justificar su crueldad. Creer en la justicia de las normas ofrecía mayores opciones de supervivencia y descendencia. Los hombres más creyentes se agrupaban por credo, independientemente de su línea genética. Las tribus menos cohesionadas, de cerebros menos creyentes, con más débiles razones para reivindicar derechos abstractos sobre los recursos, y por tanto con menos fiereza, estaban en desventaja.

Dios castigó al hombre a matar y morir por una causa, y a la hembra a parir y morir con dolor. El Pecado Original es comer el fruto del Árbol del Bien y del Mal, y así juzgar la diferencia según las categorías de cada tribu: la moral, que es mores, que es tradición, y etimológicamente también derivó en morada. En análisis estructuralista, la moral es morada vacía que cada tribu amuebla y estabiliza (normaliza) según su conveniencia, posibilidades, y entorno. Aleatoriamente cada sociedad valora la diversidad tomándose unilateralmente como referente, justificado por las escalas de valores de su dios, y definiendo así los prejuicios que la definen, empaquetados en el credo que cada fetiche representa, a cuya aceptación publicamos a los demás con ritos, mitos, y liturgias. El Bautismo es no juzgar, y no ser juzgados, y así nacemos con el Pecado Original.

Vagando por amplios espacios, cerrar filas fue la estrategia. Comenzamos a utilizar los símbolos, abalorios y vestimentas, que homologaban los valores de cada tribu para definir la pertenencia al grupo. Cuanto más dúctil y a la vez cohesionado era el grupo, lo que dependía de la capacidad de creer en la composición de lugar compartida, juzgar y así justificar derechos sobre recursos de otros, y publicarlo para excluir o incluir partícipes, más opciones reproductivas. Para caber, los memes necesitaban más cerebro, y por ello mayor caja craneal, lo que se contradecía con la posición bípeda, a no ser que se seleccionaran hembras patizambas, capaces de correr como los lagartos del desierto ante un depredador. Problema-oportunidad. La solución fue más elegante: la neotenia; es decir, el nacimiento prematuro, lo cual ya habían inventado hace decenas de millones de años los primeros mamíferos en sus madrigueras, y más recientemente los marsupiales para poder correr o saltar, y parir sin demasiado riesgo. Como muchos otros animales, para la cría optamos por refugiarnos en cuevas, pero nosotros no podemos iniciar una migración antes del cambio de una estación –o al menos los movimientos debían sincronizarse un par de veces al año y no ser excesivamente duros–, pues esa neotenia “ata” al grupo a un territorio, y necesitamos varios años para poderles seguir el paso a los mayores sin que nos coman las

hienas. Hasta que no supimos construirnos cercas y cabañas, hasta que no tuvimos rebaños, los movimientos restringidos concentraban las poblaciones, lo cual fue bueno para el comercio y la guerra.

Parir con dolor es retener el feto lo máximo posible como para no perder la capacidad de correr y subirse al árbol. Si gestáramos hasta estar suficientemente desarrollados como para asirnos a la madre o poder andar, los criterios de obtención de recursos, reproducción, o agregación y segregación del grupo reposarían en la genética, su adaptabilidad sería lentísima, y los grupos tan estables como estáticos. Esa aceleración adaptativa seleccionó cerebros que generaran colectivamente su propia realidad: conceptualizaran el significado de las categorías, los valores, los símbolos, fetiches, dioses, y los ritos y liturgias necesarios para publicar con el juicio su aprobación para pertenecer a la tribu. El intelecto no fue consecuencia de comer pescado en Pinnacle Point, o carroña en Kibish, sino de la selección de cerebros que pudieran crear y creer en dioses que justificaran sus juicios, para que estos crearan el cerebro del sapiens que justificando sus actos, colaboraran y compitieran en su nombre con otros dioses... que al fin y al cabo, son representaciones de derechos sobre recursos.

No en vano fuego y símbolo parece que fueron coetáneos. La antropología da un protagonismo al hombre, que la mirmetología humana sustituye por la cultura. No sucedió que a base de desarrollarse el cerebro por confusos motivos, un buen día a alguno se le ocurrió que su dios les protegía, o que sacrificando un bebé llovía, o que tomándose unas setas se conectara con otro mundo, o que los antepasados seguían rondando en suerte de guardia, sino que el cerebro se desarrolló seleccionando los que eran capaces de más justificadamente abstraerse de la realidad, para poder creer en lo que era identitariamente ventajoso, y así dar fuerza a la tribu. Los más creyentes, los más nacionalistas, los más fundamentalistas, los más comprometidos con la moral que simbolizaba su fetiche, tuvieron más hijos, pues eran los últimos prescindibles, los que mejor tajada se llevaban del ciervo, los más normalizados –homologados según la moral del grupo–, y los que decidían su propia función dirigente en la guerra contra otros.

Para desarrollar su cerebro capaz de virtualizar la realidad fuera del útero, el homo necesitaba años, y la especialización social pudo aplicarse a la enseñanza de las mitologías y liturgias. Por aprender del grupo, superamos la línea de sangre con la del credo. Los neandertales fueron clanes familiares, racistas; los sapiens aprendimos a preferir a quien juzgáramos pensara parecido, aunque no fuera hermano de sangre: proselitistas, para abarcar más territorio; y después fundamentalistas y patriotas.

Nacemos desvalidos, antes de estar preparados para correr, o nadar, o subirse a los árboles, o agarrarse a la chepa de la madre, y la nuestra no tiene marsupio, nuestro ancestral nomadismo nos impedía madrigueras que duraran varios años, pero sabemos construir una cuna y conservar comida. Nos hicimos omnívoros y la carne tiene patas, y para saber hacia donde ir, cerebro. Al parir prematuramente, la madre necesitó de apoyo, e inventamos el amor, la pareja (tampoco nada original en otras especies con nido), y la educación por el grupo. Somos especie neotenia, larvas o abortos, si apuramos. Vivir fuera del útero nos obliga a aprender del entorno y del grupo, y hacernos individuos distintos según la experiencia familiar-social-ambiental de cada uno. Los pollos tienen nido para dar tiempo a

crezcan alas. A los hominos no les quedó más remedio que aprender fuera, más allá de la lactancia, y por poco que nos despistemos, arrastramos un desfase durante nuestra existencia: si nacemos abortos, cuando somos adolescentes nos comportamos como niños, y siendo adultos conservamos el retraso neoteno. Los caracteres juveniles en envoltorio maduro nos permiten ser lo suficientemente capullos como para ser capaces de matar y morir por una causa, que es porción de código moral respecto al que enjuiciamos a los de otras tribus. Algunos en la vejez pueden incluso llegar a comportarse como adultos, y les llamamos sabios.

Capullos sin confinamiento en cama de seda para que el entorno pueda protegerse de nosotros. Cerebros adolescentes irresponsables, irreflexivos, egoístas, hedonistas, víctimas voluntarias, caprichosos, trileros, crueles, aturullados por las borracheras hormonales, ... llorones y malhumorados bichos políticos, siempre renegando, exigiendo derechos, príncipes azules, compitiendo y colaborando con otros sustituyendo el olfato o el hambre por la envidia, sometidos al pánico de la sardina que se queda fuera de la bandada, y nos acomodamos a los mitos y ritos de la pandilla que nos proteja... que nos prometa ventajas respecto a otros termiteros, a cambio de nuestra normalización y homenaje.

Seres psicológicamente indefensos, con duras corazas morales, físicamente dotados de maduras garras y cornamentas, decidiendo atacar o huir en base al miedo, la envidia, el rencor, la pereza, la codicia, el deseo, y la ira. El profesor me tiene manía, el banco me engaña, el político es corrupto, las multinacionales conspiran, los gitanos roban, ... escapándonos continuamente de las consecuencias de nuestras decisiones, y eligiendo representantes por identificación a aquellos mediocres como nosotros mismos. De ser adultos nuestro voto sería una pesada carga que nos responsabilizara de la delegación de la acción, nuestras decisiones, aciertos y errores, nos enseñarían, ... pero no, preferimos la excusa, la tutela, la queja, el pasotismo, el interés, lo inmediato... el vasallaje. Culpables de nuestro voto, despejamos el error a otros. Hormigas políticas que no dan la talla ni siquiera de hormigas adultas, refugiándose en lo más profundo de la estructura moral de las causas, de la historia, de la patria, de los dioses, avisperos de los que ni siquiera nos atrevemos a salir para explorar con arte o ciencia lo que es la realidad, pues la realidad amueblada por nuestra tribu nos resulta más cómoda, que la indeterminación.

El posdarwinismo social nos ubica en una civilización que compite y colabora con otras en base a códigos culturales, para los que somos portadores, y a su vez cooperamos entre nosotros para cargar con los memes de generación en generación. Conceptualizadores de códigos morales que existen por nuestra capacidad de recordar, representar, y suponer, ... de creer en ellos, y a los que debemos nuestra existencia consciente, como seres con cerebros capaces de encontrarle causa a la casualidad, creer en lo imposible, justificar prejuicios aleatorios, y matar y morir por una argumentación sobre ellos que esconde el interés del grupo. Los dioses, el comercio, la injusticia, y la guerra nos hicieron humanos, y así han podido existir.

Aquel wetware que servía para preenjuiciar y así agregar, al cambiar el entorno, lo usamos para lo contrario: normalizar a los que comparten prejuicios, y segregar según convenga. Hemos conceptualizado la ciencia (corsé que sustituye la correlación por la experimentación; la subjetividad por la objetividad; la certeza por la duda), y la democracia

(corsé que sustituye la Verdad, por las verdades en una misma tribu de tribus, integrando así a las alianzas en grupos identitarios mayores), y para existir, necesitan de cerebros adultos que asuman las consecuencias de sus decisiones y sus deberes. No estamos preparados, y ser científico o democrático no aporta ventaja reproductiva. A la espera de interiorizar socialmente las conceptualizaciones teóricas, seguimos en la práctica respetando los términos de la relación entre señor y siervo por Contrato de Vasallaje: Protección por Homenaje, con nuevas retóricas de Derechos y Verdades por Responsabilidad y Reverencia.

En extraño quiebro, proviniendo del mono sucedemos a los insectos sociales, y seguimos su camino evolutivo como hormigueros matriciales, obsesionados por acumular cosas en nuestros almacenes, y en los que cada sapiens puede participar de varios, en varios grados. Angustiados no sabemos hacia donde vamos, pero de seguir en la tendencia que marca la sociedad supuestamente desarrollada, tal vez pase algún tiempo para que un mirmetólogo humano proponga denominarse conquetólogo, y analizar la antropología social según linaje de los mejillones, todos iguales, protegidos bivalvos, con nuestras duras conchas cerebrales internas filtrando el mundo. Creadores de realidades virtuales, abstrayéndonos de las realidades vulgares, que se cierran ante cualquier movimiento brusco del entorno, colgados de una cuerda esperando que pase la comida. Cada día nos asemejamos más a las almejas que a un hormiguero, a un rebaño, a un banco de arenques, a una congregación de pingüinos, a una granja de gallinas ponedoras, o a un establo industrializado de vacas. Matrix.

<http://www.bartolo.com.es> <http://www.ecoliberalismo.com>